PIIAB 3 No. 2



# LO QUE ESPERAMOS DE LA AGRICULTURA: LA NEBULOSA CUESTION DE FIJAR METAS A LA POLITICA AGRICOLA*

Dr. Harold F. Breimyer
Profesor de Economía Agrícola y
Economista del Servicio de Extensión
Universidad de Missouri-Columbia

El tema de este seminario es que los conocimientos del hombre de ciencia y el método científico pueden aplicarse fructíferamente tanto al proceso de escoger y delinear una política agrícola como a los programas de administración para llevarla a la práctica. Al mencionar a la ciencia y a las personas a ella dedicadas, nos referimos no solamente a ciencias físicas, tal como la química, sino también a las ciencias sociales. Pero quizá no queramos referirnos a "ciencia" alguna. Innegablemente, rehuimos la imagen de los profundos sabios de pelo canoso encerrados en sus estudios y laboratorios que sólo hablan entre sí, ... presumiblemente en griego y latín. Lo que tenemos en mente es algo totalmente opuesto: una ciencia democrática o un método científico para legos.

O bien, parafraseando el tema de este seminario en el lenguaje utilizado en una conferencia anterior, creemos que podemos reunirnos y estudiar la información que el pasado nos enseña, convirtiéndola en útil para la política agrícola del futuro. Además, aunque queremos precavernos contra generalizaciones exageradamente fáciles, nuestra técnica fundamental es que lleguemos a principios generales y, luego, los apliquemos a los puntos en que encajen.

Los principios pueden ser tan amplios como la economía de la apertura al cultivo de nuevas tierras, o tan reducidos como añadir primas de calidad a los precios base del maíz.

Metas siempre presentes. Habiendo repetido nuestro tema fundamental, nos es fácil pasar a la idea siguiente, a saber, que si hemos de aplicar un juicio racional y lógico a la política agrícola hemos de comenzar enumerando nuestras metas. Esto lo hacemos implícitamente. Es imposible hacerlo de otro modo. No hay manera de escoger cómo llegar a un punto de destino y objetivo determinado sin que antes lo indiquemos por su nombre. El punto de destino es una meta o, mejor dicho, la meta es llegar a él.

Esto es tan manifiesto que parece una perogrullada. Sin embargo, a veces nos sorprende encontrar personas que desconfían en el señalamiento de metas o en el establecimiento de planes para la agricultura, o incluso se oponen a ello. En los Estados Unidos, el agnosticismo sostiene que es mejor ser práctico que teórico. Los de entre nosotros que intentamos ser filósofos a horas perdidas ex-

---

* Trabajo presentado durante el cursillo sobre política agrícola, Servicio para el Desarrollo Económico del Exterior, Departamento de Agricultura de E. U. A., el 5 de abril de 1971.

plicamos que no podemos ser prácticos si no tenemos alguna teoría que nos oriente, y que la teoría es inútil a menos que pueda ponerse en práctica. Pero raras veces salimos triunfantes de nuestras discusiones. Los norteamericanos pueden ser muy tercos en los debates de esta clase.

Significado lógico de las metas. Podríamos pasar fácilmente el tiempo que se nos ha asignado hablando de la lógica de las metas. En verdad, es mucho lo que filósofos y lógicos han escrito acerca de este tema. Por ejemplo, en un curso profesional de política agrícola que un profesor auxiliar y yo damos en la Universidad de Missouri, llamamos la atención de los estudiantes hacia los escritos de personas tales como Jan Tinbergen de Dinamarca[1]. El doctor Tinbergen crea un lenguaje complicado, tal como "fijación de un indicador de la preferencia colectiva" que, presumiblemente, significa descubrir, en una democracia, lo que el público apetece, o bien en una nación no democrática, lo que desean los jefes del gobierno o el partido gobernante. Luego el doctor Tinbergen nos pide que "saquemos de este indicador, una deducción respecto a los objetivos de la política económica general". La palabra clase es "objetivos". A renglón seguido, escribe acerca de instrumentos, de valores cuantitativos de los instrumentos, y así sucesivamente

No es que yo menosprecie este análisis formal, incluso a pesar de que sea difícil de comprender. En nuestras exposiciones emplearemos un lenguaje más sencillo. Abrigo la esperanza de que ilustraré unos pocos principios y problemas del proceso de la elección de metas, tal como los he observado y con los que he tropezado.

Cinco dilemas. Mis observaciones estarán ordenadas de acuerdo con los cinco dilemas que se nos plantean cuando escogemos y describimos metas para la agricultura. Estos dilemas son:

1. Conflicto de intereses: temporal.
2. Conflicto de intereses: de grupo social o económico.
3. Consecuencias inesperadas o no perseguidas: problema de la segunda generación.
4. Limitaciones a la operación: deficiencias de información, obstáculos ideológicos.
5. Naturaleza jerárquica de las metas: problema de la suboptimización.

Omitiremos todo comentario extenso acerca del proceso de elección de metas. Algunas veces se ha dicho que, ante todo, tenemos que pensar en cuales serán los pasos que hayamos de seguir para la elección de nuestras metas. Por ejemplo, podríamos intercambiar opiniones acerca de cuál sea el organismo de gobierno que debería

---

[1] Teoría de la Política Económica

asumir la responsabilidad primera por la elección de metas económicas nacionales. Yo arguyo que deberíamos aplicar a ello nuestra propia máxima, a saber: que, antes de elegir un medio para un viaje, debemos decidir el punto al que queremos ir. Por ende, antes de que pensemos en el proceso de elección de metas, debemos exponer lo que entendemos por metas y la clase de metas a las que queremos llegar.

De todos modos, antes de que examinemos los cinco dilemas, quisiera decir una palabras acerca del proceso de nombrar las metas y de los métodos para alcanzarlas. Parece como si toda la economía de los Estados Unidos esté convirtiéndose en burocrática. Grandes sociedades anónimas, un gran gobierno, grandes sindicatos obreros, grandes universidades... todo esto es lo que hoy domina nuestro escenario. Y todos son burocracias. Cualquier burocracia tiene que confiar señaladamente en su proceso para el establecimiento de metas y, después, en el de convertir las metas en programas para la acción. Por consiguiente, muchos especialistas en administración llevan años discutiendo cuál es el mejor proceso. En los años más recientes, el método más popular (o al menos más popularizado) ha sido el que llaman de "programación, planeación y presupuesto". En esencia, tal como yo lo entiendo, este plan significa que el administrador o planeador no escoge, ante todo, un método determinado para alcanzar una meta y luego pesa los rasgos buenos y malos del método. Antes al contrario, piensa a base de alternativas. Examina, simultáneamente, varios cursos posibles de acción. Toda la técnica es de comparar alternativas.

El señor Carlson y otros tratarán este tema al acercarse el final de este breve curso.

Conflicto temporal. El conflicto de todos más conocido que entra en la cuestión de las metas quizá sea el del tiempo. ¿Para cuánto tiempo futuro establecemos nuestros planes? Un día del año pasado, después que hubo hablado de política agrícola en una reunión de dirigentes agrícolas de un condado de Missouri, habló conmigo el presidente de una organización local de agricultores. Era un hombre seis o siete años mayor que yo: "Su exposición ha sido muy buena -dijo amablemente-. Sin embargo, por mi parte sólo me quedan cinco años en la agricultura, y todo eso no me afecta mucho. Dudo de que yo haga muchos cambios."

Algunos programas para la agricultura son de corta duración. Pero la mayoría son más bien largos. La perspectiva de cinco años del agricultor de Missouri cerraba el paso a cualesquiera exposiciones de política agrícola a largo plazo. No sé si aquel buen señor tiene algún hijo o hija que habrá de seguir en la agricultura. Probablemente no lo tenga. Me apresuro a añadir que ese caballero se salía de lo corriente. A decir verdad, ningún otro dirigente agrícola de Missouri ha expresado jamás, en mi presencia, un modo de ver tan corto de vista. Pero el incidente sucedió e ilustra mi afirmación.

En cierto sentido, la dimensión tiempo es, en el establecimiento de metas, una dimensión de conflicto entre generaciones. Por eso es que me pregunté si aquel agricultor tenía algún hijo o

hija. Una de las muchas cualidades felices de la paternidad (y de la condición de abuelo que acabo de alcanzar) es que obliga a cualquier persona previsora a que ensanche el horizonte de su interés personal más allá de la duración de su propia vida. La mayoría de nosotros pensamos a base de un futuro más distante que los cinco años en que pensaba el agricultor de Missouri.

Sin embargo, no quisiera dar la optimista impresión de que, por lo general, expresamos nuestras metas para la agricultura en términos del futuro más distante. Por lo que yo he observado, con demasiada frecuencia no lo hacemos. Si el décimoprimer mandamiento es que vivamos de modo que leguemos a nuestros descendientes un mundo mejor, este mandamiento es objeto de violación casi con tanto frecuencia como el séptimo que nos dice " no cometerás adulterio".

Quizá debido a que tienen su origen en el proceso político, son muchísimos los programas para la agricultura que están destinados a alcanzar solamente metas a corto plazo. O se da por supuesto que no hay contraposición con planes a más largo plazo, o bien se hace caso omiso de los efectos a plazo más largo. Podría citar un centenar de ejemplos de ello. Un ejemplo devastador fue la primitiva política estadounidense de sostener a un alto nivel el precio del algodón. El precio apreciablemente más alto aumentaba mucho los ingresos de nuestros productores de algodón. Algunos magos de las matemáticas llegaron incluso a demostrar que el precio habría de elevar, o casi elevar, al máximo los ingresos de los agricultores. En verdad, los ingresos aumentaron, a corto plazo. Pero, a la larga, esta política aceleró la aparición de las fibras sintéticas. Hará unos cinco años cambiamos a una política de precio mínimo de garantía. Ahora el algodón es barato, de modo que puede competir con las fibras artificiales. Los ingresos de los agricultores los complementamos con pagos directos hechos por la Tesorería de Estados Unidos. Pero el remedio llegó demasiado tarde. El mal estaba ya hecho.

Cuando fue economista de programas agrícolas, a menudo pensé que la función más útil que el economista desempeña es recordar a los administradores las consecuencias a largo plazo de sus decisiones a corto plazo.

La más temible aplicación del principio del conflicto temporal se encuentra en la conservación de los recursos naturales. Si yo tuviera elocuencia, la emplearía en este momento. Nuestro hemisferio lo "descubrieron" hace menos de cinco siglos unos aventureros europeos. (Otros lo habían conocido y habían vivido en él durante un muy largo tiempo). A partir de entonces, la historia ha sido una historia de explotación de los recursos naturales de nuestros dos continentes: de extracción de sus minerales y de bombeo de su petróleo. En nuestro país nos jactamos de nuestro éxito que nos ha dado un tan alto nivel de vida, pero, al fin comenzamos a admitir el hecho manifiesto de que este proceso sólo puede continuar durante unas pocas generaciones más. A finales de este siglo nos enfrentaremos a una escasez alarmante de muchos recursos.

El mensaje manifiesto es que hemos de conservar y establecer

nuevos ciclos. En realidad, antes de mucho tiempo habremos de descubrir modos de establecer nuevos ciclos para, virtualmente, todos los recursos naturales.

Todos, salvo la tierra. Este recurso, el más maravilloso de entre los que Dios nos ha dado, la tierra, establece por sí mismo sus nuevos ciclos. Es decir, establece estos nuevo ciclos si no nos entrometemos. Y, además, podemos ayudarle a que lo haga. La conservación de los recursos tiene que figurar junto a las prioridades más destacadas para la agricultura de cualquier nación que ame a sus hijos y quiera dejarles un legado de agricultura productiva.

Conflicto de intereses de grupo. Aunque, en el establecimiento de metas, el conflicto temporal es, en un sentido, un conflicto entre gente de esta generación y de la siguiente, hay muchos otros conflictos dentro de nuestra propia generación. Casi cabría decir que toda formulación de metas implica reconciliar uno o más conflictos de intereses. Es difícil encontrar ecuaciones, fórmulas o cualquier clase de reglas que nos orienten cuando intentamos reconciliar intereses contrapuestos.

De nuevo puedo ilustrar este punto con la experiencia de los Estados Unidos. Durante un período de diez años, antes de ue comenzasen los programas de precios de productos básicos, portavoces de la agricultura formularon la idea de la "paridad". El mensaje era que los agricultores tenían derecho a obtener, por sus productos, precios que mantuviesen la igualdad de poder adquisitivo. Muchas de nuestras metas para la agricultura contienen esta idea de la paridad. Tenemos cierto número de sinónimos, tales como igualdad, equidad o, incluso, justicia económica. Estas son las expresiones abstractas que utilizamos como telón de fondo para la armonización de conflictos de intereses.

Como es natural, también todos nosotros tenemos intereses que nos son comunes. Nos gustaría establecer programas que sacarán el máximo partido posible de los intereses comunes y redujeran los conflictos al mínimo. Los economistas han acuñado una expresión para las acciones que ayudan a alguien sin que lesionen a ningún otro grupo o persona. Esta expresión es "óptimo de Pareto". Según mi observación, son contadas las oportunidades para que se alcance esa situación ideal.

En casi todo programa agrícola hay conflictos de intereses. La ayuda a un grupo o persona causa algún daño a otro u otra. Lo mejor que podemos esperar es que saquemos provecho de toda posibilidad a favor del interés común, para ayudar a todos, y para reducir al mínimo el daño ocasionado a cualquier grupo. Esta idea podríamos expresarla con palabras de una canción que fuera muy popular hace muchos años: "Acentuemos lo positivo".

Por otra parte, tengo unas pocas sugerencias que hacer. Los que trabajamos en política agrícola siempre encontramos que es difícil reconciliar intereses en conflicto. Permítaseme añadir un punto de vista personal: el de que generalmente es mejor reconocer

la existencia de los conflictos. Los funcionarios públicos gustan, a menudo, de utilizar las palabras que oímos cuando estamos sentados en el sillón del dentista: "No le va a doler nada". El paciente descubre inmediatamente que sí duele, y el dentista pierde credibilidad. Si una nueva ley agrícola ayuda a un grupo de agricultores y es dolorosa para otros, estos últimos descubren tal hecho muy pronto. Jamás ha creído que los funcionarios obren acertadamente cuando declaran, con falsedad, que una nueva ley o un programa nuevo habrá de beneficiar a todos y no dolerá a nadie, cuando saben muy bien que no es éste el caso.

Consecuencias para la segunda generación. Las palabras "segunda generación" quizá hagan que este tercer dilema parezca ser el mismo que el primero. Aunque los dos son algo similares, en este punto somos víctimas de una figura retórica. Por segunda generación nos referimos no a la generación siguiente en la historia, sino a problemas que salen a la luz después que se ha puesto en actividad un programa agrícola. Estos son, generalmente, problemas que no se previeron cuando se escogió el programa.

En los Estados Unidos y en muchas naciones industriales, el problema de segunda generación que nos aflige es la contaminación del medio ambiente. Nuestros visitantes quizá descubran esto en unos pocos días. Pero yo prefieron servirme de un ejemplo diferente. En todo el mundo se está dando a la publicidad, justo en este momento, un caso de problema de segunda generación. Me refiero a los problemas que han seguido a la siembra de nuevas variedades milagrosas de trigo y arroz, particularmente en el Extremo Oriente. Durante años, los botánicos intentaron encontrar variedades que aumentasen los rendimientos de esos cultivos en las regiones menos desarrolladas del mundo. Tuvieron éxito. El doctor Borlaug ganó el Premio Nobel de la Paz de 1970 por su papel en esta exitosa historia.

Sin embargo, este éxito ha creado toda una legión de nuevos problemas. Hay los problemas de precios bajos para el producto, de instalaciones adecuadas para almacenamiento, de la obtención de los abonos químicos y el agua que reclaman las nuevas variedades, del daño hecho a las regiones a las que no están adaptadas las nuevas variedades. Por lo que se refiere a este último punto, la Universidad de Missouri está bien enterada del mismo, puesto que estamos colaborando con una estación experimental de la India que busca servir a la agricultura de un Estado que no ha sacado provecho alguno de las nuevas variedades. El aumento de la producción en otros lugares de la India ha hecho descender los precios en el Estado con el que trabajamos, y ha causado serias zozobras.

Nuestro consejo es simplemente que recordemos que el Exito A puede llevar al Problema B; después, el éxito B no permitirá que nos libremos del Problema C. Y esto, probablemente, se prolongue hasta el infinito.

Limitaciones de operación. Quienquiera que haya tenido cinco minutos de experiencia en establecer metas para la política agrícola sabe que jamás contó con toda la información que necesitaba. (La primera limitación de las operaciones es la falta de informa-

ción). Creo, verdaderamente, que no habríamos podido poner en marcha el programa de precios e ingresos de 1933 si 11 años antes no hubiésemos establecido una Oficina de Economía Agrícola. La Oficina de Economía Agrícola prestó servicios de recopilación estadística y de análisis económico que fueron esenciales para los nuevos programas destinados a regular la producción y a aumentar los precios.

La antigua Oficina de Economía Agrícola está actualmente dividida en el Servicio de Investigación Económica y el Servicio de Información Estadística. Ambos siguen aportando información verdaderamente inapreciable.

Hay otra clase de obstáculo a las operaciones. Y quizá sea el más difícil de salvar. A falta de una palabra mejor, lo calificaré de ideológico. Todo ser humano tiene prejuicios respecto a lo que es el papel adecuado del gobierno. Generalmente, nuestras ideas acerca de ello son pocas, muy latas y sin exactitud alguna, pero las sostenemos hasta la muerte. Leemos los titulares y, quizá, un párrafo o dos de una noticia publicada en nuestro diario y, de inmediato, lanzamos una condenación contra nuestros políticos o, rara vez, los aplaudimos. Lo hacemos así a pesar incluso de que es muy poco lo que sabemos del acontecimiento, y menos aún acerca de las cuestiones políticas en él implicadas.

Lo que es aun peor es lo que yo a veces llamo palabras impensadas. Unos pocos de nuestros conciudadanos se apresuran a clasificar casi toda acción del gobierno incluyéndola en una categoría expresada en una sola palabra a la que escogen de entre cuatro o cinco de su repertorio. La más favorable es "Bien". Las otras son, en el mejor de los casos, inelogiosas, y algunas casi obscenas.

Nadie puede negar que hay principios que tienen que gobernar el papel a cargo del gobierno, tanto si la nación es una democracia como si funciona bajo cualquier otra forma de gobierno. Por otra parte, he descubierto que no se saca provecho alguno cuando las metas para los programas se examinan a base de evaluaciones expresadas en una sola palabra o una sola sentencia. Mi política en reuniones públicas ha sido la de procurar evitar las disquisiciones filosóficas acerca del papel del gobierno.

Mi objeción no es solamente que las disquisiciones de esta clase sólo se convierten en expresiones de prejuicios, sino que mi motivo más importante es que no estamos tan entregados a los principios fundamentales del papel del gobierno como decimos estarlo. Somos más flexibles de lo que nos gusta reconocerlo. En Estados Unidos, nuestra historia nos dice que siempre que la mayoría de nuestros ciudadanos creen que es necesario hacer algo, encontramos el modo de hacerlo. Somos más bien pragmáticos en estas cuestiones. Dicho de un modo distinto, pese a todas nuestras descosidas conversaciones acerca de ideologías, me pregunto si no escogemos nuestra ideología después de consumados los hechos. Es decir, hacemos lo que creemos que debe hacerse, y luego escogemos expresiones ideológicas que lo acomoden.

Permítaseme citar otro ejemplo más. Repito que las filoso-

fías fundamentales de gobierno tienen grandísima importancia y que nosotros, los estadounidenses, debemos poner las nuestras al día. Pero los prejuicios que las personas dejan ver no siempre hay que tomarlos en serio. Cuando era yo economista del Consejo de Asesores Económicos del Presidente tuve el privilegio de asistir a reuniones de la comisión asesora en las que se encontraba presente el Secretario de Agricultura. Los miembros de la comisión eran todos ellos ciudadanos particulares. Uno era el presidente de una organización de agricultores de un Estado. Su ideología personal era acomodaticia. Siempre que el precio de los cerdos (principal producto de su Estado) era alto, era partidario de la libre empresa y de un gobierno inactivo. Siempre que el precio de los cerdos era bajo, quería que el gobierno "hiciese algo" en ayuda de sus agricultores. En estas últimas ocasiones guardaba silencio acerca de su filosofía de gobierno. Bastábame ver el precio de los cerdos en el mercado de Chicago para saber cuál era la filosofía social de aquel caballero en aquel preciso momento.

Jerarquía de las metas. Por último, tengo que hacer otra observación acerca de un rasgo propio de toda elección de metas. La observación es que las metas guardan una relación jerárquica una con otra. Podríamos llamarla la pirámide invertida de las metas. Las metas más altas nos abarcan a todos nosotros. Son las metas que resultan cruciales para la unidad de la nación. En un nivel más bajo están las metas de aplicación más restringida. En niveles aún más bajos encontramos metas aún más limitadas. Cerca del fondo están las metas para actividades que pueden estar limitadas a un punto de poca monta y que duran sólo unos pocos días.

Esta idea de una pirámide invertida de metas se refiere a los conflictos que he mencionado anteriormente. Por regla general, cuanto más alto es el nivel de una meta, y cuanto más general es, tanto más goza de la aprobación general y tanto menos son las objeciones que se le ponen. El motivo de que esto sea así es que las metas generales elevadas no tocan directamente a nadie de modo que el individuo las sienta y responda a ellas. La declaración de metas más elevadas de los Estados Unidos es nuestra Constitución y, en una ocasión, escribí acerca de la elevada posición del "principio de una Constitución que se levanta esplendorosamente sobre la buena disposición del hombre para ser noble, en términos latos y no difinitivos, en contraste con su insistencia en mostrarse aferrado a los detalles."[2]

Aunque la Constitución es el documento en el que encuentran su existencia y su papel tanto el Congreso como el Presidente, el organismo que tiene la responsabilidad final de tender un puente sobre el abismo que existe entre el lenguaje general de nuestra Constitución y la vida de cada ciudadano es el Tribunal Supremo.

---

[2] Harold F. Breimyer, "The Law and the Market - In Perspective", The Law and the Market, Dale C. Dahl, director, Informe núm. 75 de la Estación Agrícola Experimental de la Universidad de Minnesota, septiembre de 1966, pág. 5.

Nuestros padres introdujeron sabiamente en el sistema mucha protección para el Tribunal. La necesita.

Y hay así una pirámide de metas, una especie de estructura familiar. Los gobiernos de cada una de las personas que asisten a este curso quieren mejorar la agricultura de su respectiva nación. Esto es una meta. Para que les ayuden a alcanzarla buscan personas altamente preparadas que establezcan y administren programas; y al perseguir esta meta envían funcionarios escogidos para que sigan un breve curso. Para hacer que este curso fuese educativo, nosotros, los estadounidenses, teníamos que escoger temas y oradores que aportasen un contenido educativo. Esta es nuestra meta. En este momento tengo yo una meta personal, a saber, comunicar unas pocas ideas instructivas. Esta meta que procuro alcanzar es un pequeño eslabón de una cadena de metas que va hasta la agricultura de las respectivas naciones de ustedes.

De ello se infiere que mi meta tiene que ser congruente con las que están por encima de ella. No tiene una existencia independiente.

¿Esta última afirmación, casi una reflexión a posteriori, constituye otro axioma? Quizá sí. Pero es una afirmación que, tal como decimos en inglés, tiene un gran impacto, ya que, si bien cada una de las metas debe ser congruente con todas las demás de esta pirámide o familia, la tendencia persistente es que cada una de ellas asuma cierto grado de independencia. Dicho con mayor precisión, hay cierta tendencia de las personas y los organismos que cuidan de la ejecución de programas agrícolas a trabajar arduamente para alcanzar las que ellos ven como metas inmediatas de sus programas, mientras pierden de vista el hecho de que no son más que una pequeña parte de una empresa mucho mayor. Se olvidan de que sus metas son secundarias respecto a metas de nivel más alto.

Este peligro es lo que llamamoa suboptimización. Es una marca del sistema burocrático que parece envolverlos a todos, y esto es algo que asusta. Cada unidad subordinada procura elevar sus operaciones a un grado óptimo, de acuerdo con las metas que se ha fijado para sí misma, y no de acuerdo con metas que se han escogido como parte de la relación jerárquica. Tenemos montones de expresiones para designar este fenómeno. Una de ellas es "levantar imperios". En el lenguaje de nuestros antepasados puritanos se le llamaba, sencillamente, egoísmo.

El eminente economista Kenneth Boulding escribió acerca de esta tendencia empleando en ello el lenguaje que le ha hecho famoso. El blanco de sus reproches lo constituyen los economistas que ideen modos complicados para lograr grandes resultados con proyectos de poca monta. A sus maquinaciones, Boulding las llama "racionalidad".

"El gran peligro de la racionalidad es, naturalmente, la suboptimización; es decir, encontrar y escoger la mejor

posición para la parte del sistema que no es la mejor para la totalidad. En verdad, son demasiadas las personas, y en especial demasiados los expertos, que dedican su vida a encontrar el mejor modo de hacer algo que no debería hacerse en modo alguno...los procesos racionalizados (se aplican mejor a) subsistemas...y ser racional respecto a subsistemas puede resultar peor que no ser muy racional acerca del sistema en general... el economista tiene cierta inclinación mental a favor de sus propios talentos, y le es fácil hacer a un lado variables esenciales con las que no está familiarizado. En verdad, en este caso un saber escaso puede ser algo peligroso, o incluso puede serlo una racionalidad escasa".[3]

El doctor Boulding casi se opone a la idea que es lema de nuestros cursos breves, ya que hemos estado diciendo que la racionalidad (su palabra) puede emplearse para que nos ayude a escoger una política para la agricultura. El doctor Boulding dice que es mejor que las grandes decisiones se tomen "por instinto, habladurías, impresión visceral y comprensión política" que el que limitemos nuestros esfuerzos al uso de grandes técnicas ("racionalidad") para la resolución de pequeños problemas.[4] Si no tomamos correctamente las grandes decisiones, de poco habrá de servirnos (e incluso puede dañarnos) que recapacitemos tan arduamente acerca de las pequeñas. Su punto de vista es interesante y encierra gran parte de verdad.

Se me ocurren muchos ejemplos en los que grupos agrícolas trabajan muy arduamente para lograr para sí mismos alguna ventaja que no favorece al interés público o que ni tan siquiera favorece los intereses de toda la agricultura. La nuestra es una agricultura de exportación y, sin embargo, algunas comisiones de productos básicos quieren imponer a las importaciones restricciones que acabarían reduciendo, nuestros mercados de exportación, o incluso poniéndoles punto final. Todos los que están en la agricultura quieren consiones fiscales... pero todos quieren también servicios públicos. La lista sería interminable.

Mis comentarios finales harán hincapié en la necesidad de que luchemos en pro de la unidad dentro de la jerarquía de las metas para la agricultura o, más latamente, dentro de la totalidad de las metas de la nación. Estos comentarios se referirán a mi propio país. Me atrevo a abrigar la esperanza de que no recen para todas las demás naciones aquí representadas. Según mis observaciones, nuestra nación pasa por ciclos de preocupación por el interés público general. Después de épocas de crisis, estamos por demás dispuestos a llegar juntos a la resolución de problemas comunes. La gran cri-

---

[3] Kenneth Boulding, "Richard T. Ely Lecture: The Economics of Knowledge and the Knowledge of Economics", American Economic Review, mayo de 1966, págs. 10-11.

[4] Ibid.

sis de los años treintas creó cierto grado de unidad entre nuestro pueblo. Inmediatamente después de la Segunda Guerra Mundial, la mayoría de nuestra población quería, verdaderamente, ayudar a la formación de una nación y un mundo mejores. El primer año de la administración del Presidente Kennedy, y de nuevo durante unos pocos de los meses que siguieron a su muerte, hubo períodos en los que nos dedicamos a una finalidad común.

Es de lamentar que la mayoría de los comentaristas del escenario de los Estados Unidos hablen actualmente de una tendencia imperante a la división. Al parecer, nos inclinamos a suboptimizar. Perseguimos metas que se encuentran en el vértice inferior de la pirámide invertida, y nos olvidamos de que hay metas más altas que han de alcanzarse primero. Claro está que es comprensible que cada grupo quiera mantener su puño sujetando con firmeza lo que actualmente tiene, e incluso que quiera agrandarlo un poco. Pero, en última instancia, todos nosotros no hacemos más que compartir un recurso común. Mi dinero no vale nada si el banco cierra. Mi buzón permanece vacío si el servicio postal deja de funcionar. Mi empleo se desvanece si mi empresa va a la bancarrota o si mi Universidad cierra sus puertas. La humanidad no es más que una familis de hombres que ocupan un diminuto globo al que llamamos la nave espacial Tierra, un punto infinitesimal del universo. Poseemos los recursos materiales del planeta y heredamos un constante flujo de energía que nos llega del sol. Abrigo la esperanza de que tenemos un valor moral fundamental, el respeto a la infinita dignidad del alma humana del individuo. Todo lo demás es temporal, transitorio. Todos nuestros hábitos, costumbres e idiosincrasias, nuestros bienes materiales a los que nos aferramos tan firmemente, todo esto carece de permanencia.

"El mayor peligro es el de la suboptimización", escribió el hombre prudente y sabio. Y el mayor error que podemos cometer cuando ponemos en el pariódico mural las metas de nuestros programas agrícolas es que enfoquemos toda nuestra atención en algún problema pequeño. No hemos de olvidar que la agricultura en general tiene que prosperar si cualquier parte de ella tiene que gozar de algún beneficio duradero; y, en verdad, las ganancias para la agricultura no pueden llegarnos a costas del resto de la economía, sino que tienen que ser parte de los logros económicos generales.